

10
NO SIEMPRE LO BUENO ES BUENO.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO.

ORIGINAL DE

DON LUIS DE LOMA Y CORRADI.

Representada con aplauso en el Teatro del Príncipe de Madrid la noche del 23 de Febrero de 1853.

(REFUNDIDA POR SU AUTOR.)

CUARTA EDICION.



N.º 206.

SALAMANCA.—1872.

IMPRENTA A C. DE ANTONIO DE ANGULO,
calle de la Rua, núm. 57.



Esta obra es propiedad de D. JOSÉ GARCIA DE SOLIS, que perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima, varíe el título, ó represente en algun teatro del reino, ó en alguna sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 8 de Abril de 1839, 4 de Marzo de 1844, y ley sobre la propiedad literaria de 10 de Junio de 1847, relativas á la propiedad de obras dramáticas.

Se considerarán reimpresos furtivamente todos los ejemplares que carezcan de la contraseña reservada que se estampará en cada uno de los legítimos.

PERSONAJES.

ACTORES.

DELA.	DOÑA JUANA SAMANIEGO.
DOLORES.	DOÑA MARIANA CHAFINO.
ENRIQUE.	DON CALISTO BOLDUN.
DON LUIS.	DON FRANCISCO OLTRA.
DON PABLO.	DON PEDRO LOPEZ

Sr. Cabero
Sr. Dolores
Sr. Barriga
Sr. Cabero

La escena es en Madrid, en casa de don Pablo.

ACTO ÚNICO.

Sala en casa de don Pablo: puerta en el fondo y un balcón á la derecha una puerta que se supone comunicar con un jardín: á la izquierda otra que debe dar entrada al cuarto de Adela y á otras habitaciones.

ESCENA PRIMERA.

D. LUIS.—DON PABLO.

PABLO. Hay tal porfía! Es posible que ahora salgamos con eso?

LUIS. Te digo que es la verdad.

PABLO. Te digo que eres un necio.

LUIS. Seré todo lo que quieras: mas puedes tener por cierto que contra su voluntad no seré nunca tu yerno.

Sabes que quiero á tu hija con delirio, con extremo; mas violentarla á que sea mi esposa, Pablo, no quiero. Además ella es muy niña, y yo, amigo, soy un viejo de cuarenta y cinco años.

PABLO. No tienes tanto.

LUIS. En febrero los cumpliré, si Dios quiere. Puedo ser su padre.

PABLO. Y eso, qué importa?

LUIS. Que importa? Nada: quiero decirte que encuentro muy natural que tu hija en mí no ponga su afecto.

PABLO. Pero, por qué? qué razones tienes, Luis, para creerlo? No hace seis días que estabas

anhelando por momentos
casarte?

LUIS. Es verdad.

PABLO. Y bien,
á qué hacer esos extremos,
á qué viene esa mudanza,
á qué esas niñadas?

LUIS. Tengo
razones muy poderosas
para creer...

PABLO. Lo qué creo
yo, es que te has vuelto loco,
que estás soñando.

LUIS. No sueño.

PABLO. Hace, Luis, cuarenta años
que me conoces, lo menos.
Los dos éramos entonces
dos vichos, dos arrapiezos...

LUIS. No; tú eras ya grandecito.

PABLO. Bien; algo más...

LUIS. Oh! me acuerdo
perfectamente: diez años
de diferencia tenemos.

PABLO. Pero no es ese el asunto;
lo exactísimo, lo cierto,
es que hemos vivido juntos,
que los dos en un colegio
nos educamos, y en fin,
que ambos dedicados luego
á una misma cosa, ambos
fuimos prosperando á un tiempo.

Viviendo cual dos hermanos,
ni el disgusto más pequeño
turbó jamás nuestra union;
y un día en que los recuerdos

de la niñez evocábamos,
tú, poniéndote muy sério,
me digiste: escucha, Pablo,
si hasta aquí tan compañeros
fuimos, para que nos unan
vínculos de parentesco,
si accedes me casaré

con tu hija, y viviremos
siempre unidos: tal propuesta
me encantó, te lo confieso,
y la prueba es que quedamos
convenidos al momento.

LUIS. Es verdad, Pablo, y en todo

cuanto me has dicho concedo.
Mas sabes soy aprensivo,
delicado con extremo...
y he visto...

PABLO. Cómo! Mi hija
acaso?...

LUIS. Qué!... nada de eso.
(No le diré lo que pasa.)
Digo que he visto despego
de parte de Adela... en fin,
un no sé qué...

PABLO. Bah! Volvemos
otra vez? En suma, quieres
casarte ó no?

LUIS. Ya veremos.
Pero calla; porque viene
Adela hácia acá, y...

PABLO. Te dejo
solo con ella, pues yo
me voy á ver á don Pedro
para informarme si marcha
la eleccion de ayuntamiento.
Conque adios... y deja á un lado
necesidades y rodeos:
expícate ahora con ella
claramente, y te prometo
que ha de ser el resultado
muy feliz.
(Apretàndole la mano.)

LUIS. Adios... lo creo.

ESCENA II.

Luis.

Nada he querido decirle;
callaré, sí, que no es justo
que tenga el pobre un disgusto
por mi causa: á qué afligirle?
Si tú supieras, buen Pablo,
que con bien siniestro fin
por la puerta del jardín
se mete en tu casa el diablo!
Tan buena es su condicion
que tal vez no lo creyera...
Oh candidez!

ESCENA III.

El mismo.—ADELA.

(Esta última sale de su cuarto con un libro en la mano sin reparar en don Luis.)

- ADELA. (Leyendo.) «Tentel... espera!...
Ya no hay tiempo!... maldicion!»
- LUIS. Qué es eso? Qué pasa?
- ADELA. (Sorprendida.) Ah!
usted aquí?...
- LUIS. Sí; soy yo.
Acaso estás mala?
- ADELA. Nó.
- LUIS. Leia este drama.
- ADELA. Ya!
- LUIS. Es tan bello!
- LUIS. Pues, un drama
romántico, eh?
- ADELA. Le plugo
hacerle así à Victor-Hugo,
de grande efecto... Se llama...
- LUIS. (Interrumpiéndola sin poder reprimir el disgusto
que le produce el lenguaje de Adela.)
Dí, Adela, quién te inspiró
tan grande romanticismo?
De tan necio fanatismo,
quién el camino te abrió?
- ADELA. (Indignada.)
Qué dijo usted!
- LUIS. La verdad.
- ADELA. Qué sacrilegio! Qué horror!
Llamar à tanto primor
fanatismo y necesidad!
- LUIS. Pues bien, diré que es muy bello;
pero... quieres contestarme?
- ADELA. Mi afición me hizo lanzarme
con fé... con...
- LUIS. Ya caigo en ello!...
Conque tu afición?... mas dí:
cómo tan pronto te entró
cuando antes eras?...
- ADELA. Oh!... yo...
- LUIS. Tan alegre, tan...
- ADELA. Oh!... si...

- LUIS. Y no me desmentirás
que hasta hace poco, maldito
si te importaron un pito
los dramas de Satanás.
Tus bellas inclinaciones,
qué se hicieron?... y los días
en que tranquila vivías
sin versos y sin canciones?
Será enfermedad que habrás
adquirido, repentina,
tu afición á la doctrina
de Víctor-Hugo y Dumas?
- ADELA. (Con viveza.)
Oh! tambien admiro ciega
á Espronceda y á Zorrilla...
LUIS. (Por vida de la chiquilla!)
ADELA. Y á Ventura de la Vega.
LUIS. (Pues es que está entusiasmada
de un modo atroz!) Adelante!...
Vamos!.. (La ha puesto el tunante
la cabeza trastornada.)
Oye: y me quieres decir
por dónde te has agenciado
libros, y...
- ADELA. Los he comprado.
LUIS. (Hoy sabe ya hasta mentir.)
ADELA. (Cielos! si sospechará
mi padrino? Investiguemos.)
Lo duda usted?
- LUIS. (Evitemos
que sospeche.) Yo... nó.
- ADELA. Ah!
Como le ví á usted mover
la cabeza!...
- LUIS. Fué aprension,
ó al menos sin intencion
lo haria... No puede ser
dudar de tí; y si llegára
ese caso, la influencia
mágica de tu inocencia
bien pronto me desarmára.
Mas sabes cuán tierno anhelo
me inspiras... (Tengamos maña.)
y esa pasion tan extraña
temo oscurezca ese cielo.
Tu hermosa tez palidece;
tus flores van siendo abrojos:
la viva luz de tus ojos

se eclipsa, y desaparece; y al verte yo, Adela mía, casi al borde de un abismo, maldigo el romanticismo, detesto la poesía.

ADELA. (Respiro, que nada sabe; su amor es quien le hace hablar.)

LUIS. Y esto me puede arrastrar...

ADELA. Cómo! al suicidio?...

LUIS. Quién sabe.

(Desventurada! es à fé, su capricho pertinaz.)

ADELA. Y sería usted capaz?...

(Con desden.)

Oh!... no lo creo...

LUIS. Y por qué?

Seré yo insensible? dime.

ADELA. (Con desden.)

Usted no tiene pasiones, ardientes, ni sensaciones:

es usted poco sublime.

LUIS. Conque me quieres decir

no simpatizo contigo?

Pues bien, Adela, te digo

que mi vista has de sufrir.

No me amas, verdad? pues bien;

no importa: ten entendido

ser mi esposa has ofrecido:

luego hablaré yo...

ADELA. (Asustada.) Con quién?...

LUIS. Con tu padre, y ya veremos

quieras ó no si te casas.

ADELA. Dios mio!... yo estoy en brasas!...

(Con desesperacion.)

Maldicion!

LUIS. Esas tenemos?

Oh! qué pronto se acalora

la señorita!...

ADELA. Padrino,

querrá usté hacer mi destino

lúgubre, atroz?...

LUIS. Sí señora.

ADELA. (Con amargo despecho.)

Pues bien; si víctima dél

llego á ser bajo tal yugo,

nadie será mi verdugo

sino vos, hombre cruel!

LUIS. Conque eso quiere decir

que vos, romántico ser,
antes que ser mi mujer
preferiríais...

ADELA. Morir!

LUIS. Otra estàs hace tres dias.

ADELA. El tiempo que ha, no es del caso.

LUIS. Sí tal: leiste tú acaso

jamás, unas poesías?

No es natural ese afan.

nunca te dió por ahí.

ADELA. (Con arrogancia y convencimiento.)

Pues sepa usted que nací

para ser un Jorge Sand.

(Así me lo ha dicho Enrique

y yo en su dicho me fundo.)

LUIS. Pero no temes que el mundo

te censure y te critique?

ADELA. El mundo!... Yo le desprecio.

LUIS. (Esto ya es intolerable!)

ADELA. Hay nada mas detestable

que el mundo estúpido y necio?

LUIS. (Te ruego, Dios, que me ampare!)

ADELA. El mundo! Voluble rueda!

Temer al mundo se queda

para las almas vulgares.

LUIS. Mucho tu vuelo elevaste.

ADELA. (Con descaro.)

Cuanto pude, y cuanto quise.

LUIS. Cuidado que no te pise

el mundo á quien despreciaste.

ADELA. Bien: eso á usted no atañe,

tengo padre...

LUIS. Y bien?...

ADELA. No quiero

tener un ayo severo

que me aceche y regañe.

LUIS. Y qué me quieres decir...

ADELA. Que todo se ha concluido;

que no ha de ser mi marido

quien no sabe ni escribir.

Y sobre todo, quien es

prosáico, insensible, frio...

LUIS. Pero Dios mio, Dios mio!

impunemente esto ves?

ADELA. (Con insolente resolucion.)

Lo dije aunque no le cuadre:

mi franqueza era precisa:

Ahora, en ir dese usted prisa

á delatarme á mi padre;
pero...

LUIS.
ADELA.

(Funesta demencial!)
Sepa para su gobierno,
que ni él, ni usted... ni el infierno,
podrán hacerme violencia!
(Vase precipitadamente.)

ESCENA IV.

Luis.

Vete, desdichada, sí;
que ya, por lo que á mi toca,
cómo te volvieron loca,
aunque tarde, conocí.
Oh! Con qué facilidad
la inocencia se sorprende
en los lazos que la tiende
la seducción, la maldad!
Mas no fué poca fortuna
sorprender tan graves males
antes que fuesen fatales
sus consecuencias; alguna
maña tendré que emplear;
mas todo lo venceré,
y al cabo conseguiré,
de esa locura triunfar.
Alguien viene: menester
será, pues llegó la hora,
ponerse en liza: ahora
cumplamos nuestro deber.
(Vase.)

ESCENA V.

DOLORES *examinando cuidadosamente la habitacion.*

Pues señor, nadie hay: ahora
que el amo y don Luis salieron
pondremos en el balcon
el convenido telégrafo.
(Se dirige al balcon y ata un pañuelo á uno de sus
hierros.)

Pobres amantes! Bien cortos
son los ansiados momentos
en que pueden entregarse
con libertad á su afecto;
y, vaya! de algunos dias
á esta parte, tienen tiempo
de hablar hasta por los codos
de cantar y de hacer versos;
y qué cosas tan bonitas
que hacen y dicen! Bah! esto
se llama tener un novio:
tan sentimental! tan bueno!
Voy tomando una afición
á sus maneras, y siento
una cosa tan extraña
cuando entre suspiros tiernos
les oigo hablar del amor,
del puñal y del veneno,
que he perdido la costumbre
de ir á la Virgen del Puerto,
porque es vulgar y *prosáico*
segun lo que dicen ellos.
Luego, como don Enrique
usa de otros argumentos
tan poderosos!—No hay dia
que no me traiga un pañuelo,
ó una peseta, ó sortijas
de *doublé* con camafeo.
Qué se yó! Con tantas cosas
de resistirle no hay medio.
Eh! ya está aquí.

ESCENA VI.

La misma.—ENRIQUE, por la puerta del jardín.

DOLÓRES. Don Enrique!

ENRIQUE. Adios, Dolores: me alegro
que estés sola: me precisa
comunicarte mi proyecto.

DOLORES. Puede usted hablar: y ya sabe
que si servir de algo puedo...

ENRIQUE. Oh! En esta ocasion de mucho,
y tu ayuda es la que quiero.

DOLORES. Si? Pues cuente usted con ella.

- ENRIQUE. Me lo juras?
DOLORES. Lo prometo.
ENRIQUE. No; júralo, es muy vulgar prometer; los juramentos son siempre grandes, sublimes.
DOLORES. *(Con énfasis.)*
Pues... lo juro!
ENRIQUE. Bravo!
DOLORES. Pero...
ENRIQUE. Ya lo juraste: ahora, escucha.
DOLORES. Ya escucho à usted.
ENRIQUE. *(Con precaucion, y estudiando el efecto que producen sus palabras en Dolores.)*
Es mi intento...
robar à Adela y llevarla...
DOLORES. Qué dice usted? Santo cielo!
ENRIQUE. No te asustes: te diré mi bello plan por completo.
DOLORES. Pero por Dios!
ENRIQUE. Bah! Lolilla; escucha y no tengas miedo que no es para tanto el caso, y à ti te conviene...
DOLORES. Pero...
ENRIQUE. Qué pero ni qué camuesa! todo lo tengo dispuesto para la fuga; mas antes preciso es que trabajemos para que salga à medida de mi vehemente deseo: Por supuesto que vendrás con nosotros, y pues dices que tanto quieres à Roque, seràs su mujer, y...
DOLORES. Cielos!
su mujer? Cómo?...
ENRIQUE. Verás:
él viene tambien, y luego que de esta casa maldita nos encontremos muy lejos, se harán las dos bodas: eh?
Qué tal? te parece bueno?
DOLORES. Y si nos cogen?
ENRIQUE. Qué! tonta!
por ventura soy yo lerdo?
Cuando yo salga, despues de hablar à Adela un momento, la llamas, y en tono triste,

con aire de gran misterio,
la dices que has escuchado
entre el padrino y el viejo
una atroz conversacion
de resultados tremendos
para ella: que decian
que esta noche en el silencio
con don Luis la casarian
à la fuerza, sin remedio.

DOLORES. Santo Dios!

ENRIQUE. Y que si acaso
no sirviesen sus esfuerzos,
hoy mismo la llevarian
à un retirado convento
sesenta leguas de aquí.

DOLORES. Pero, señor, este enredo,
la señorita es posible
no crea...

ENRIQUE. No ha de creerlo?

DOLORES. Jesus, Dios mio! A tal cosa,
la verdad, yo... no me atrevo.

ENRIQUE. Aun exijo más de tí:
es el caso... que... me encuentro
algo apurado de fondos...
no ha vencido el cumplimiento
de ciertas letras... en fin,
que necesito dinero...
y espero que tú...

DOLORES. Dios mio!

ENRIQUE. Prestes ayuda à mi ingenio,
Para ello... ayer... tomé
medida... del agujero
del cajon... de la gaveta
de don Pablo...

DOLORES. (Con horror.) Hombre perverso!
Qué dice usted?

ENRIQUE. Lo que oyes.

Es fuerza...

DOLORES. (Disimulemos:
yo le aseguro que todo
lo sabrá don Pablo presto.)

ENRIQUE. Consientes?

DOLORES. Y bien, qué exige
usted de mi?

ENRIQUE. Que en silencio
saques tú con esta llave
el trigo de su granero.
Te sales con el de casa,

y aguardas en el crucero
de la calle. Hé aquí dos llaves:
la chica es la del dinero,
la grande la de la puerta
del jardín: toma y á-ello.

DOLORES. (*Suplicante.*)

Don Enrique!

ENRIQUE.

Habla á la niña
al alma; mas vé con tiento
no se te escape decirla
lo de la gaveta: creo
no necesito advertirte
nada más, y sin recelo
descanso en tí.

DOLORES.

Usted me pierde.

ENRIQUE.

Qué! muchacha! Nada de eso.

Dentro de una hora... adios...

Discreccion, tacto... y silencio!

DOLORES.

Bien, don Enrique: ay Dios mio!

solo por usted...

ENRIQUE.

Que el tiempo:

corre.

DOLORES.

Sí, sí; (yo le juro
que, pues los ojos me ha abierto
don Pablo sabrá todo.)

ENRIQUE.

Qué esperas. Lola?

DOLORES.

Ya vuelvo.

(*Váse.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE.

Bravo! Triunfé! Bella suerte

la fortuna me depara!

Me admira mi habilidad,

mi tacto... Pobres muchachas!

Lo que os seduce un buen mozo!

Mi intencion no es la más sana,

pero es preciso que yo

de la situacion precaria

de escribiente miserable

sin pararme en medios salga;

que estos tiempos, teniendo

poca aprension, mucha audacia

y un tanto suelta la lengua,

se llega à cumbres muy altas!
Fortuna ha sido la mia
hoy que la escuela romàntica
está en decadencia, hallarme
prosélita tan fanática
como Adela... mas ya viene:
llamo en mi auxilio una lágrima,
el rostro escuálido y triste,
lànguida voz, y à la farsa.

ESCENA VIII.

El mismo.—ADELA.

ADELA. Enrique! Oh felicidad!

ENRIQUE. Llegó por fin el momento
de verte, rara beldad,
despues de tanta ansiedad,
despues de tanto tormento.

ADELA. Tanto desde ayer sufriste?

ENRIQUE. Cuando dejan de alumbrarme
tus ojos, me pongo triste.
Podré existir ni encontrarme
donde mi hechizo no existe?
(*En tono lastimero.*)

Ah! No sabes, desdichada,
que está el alma hasta su centro
tan negra... tan magullada...
que cayeras desmayada
si la mirases por dentro?

ADELA. Calla! Qué horror!

ENRIQUE. Si, pensando
sin cesar... y con deleite
voime à la tumba acercando,
pues... ya me voy apagando...
como la luz sin aceite!

ADELA. Enrique, miedo me das:
à entristecerme has venido?
Cuando así à mi lado estás
quieres agriar más y más
la desazon que he tenido?

ENRIQUE. (*Asustado.*)

Qué dices? Supieron...

ADELA. No;

mas ya del todo hoy rompí

con don Luis: él se irritó...

y...

ENRIQUE.

Acaba!...

ADELA.

Me reclamó

la palabra que le dí.

ENRIQUE.

Pero tú...

ADELA.

Y me lo preguntas!

tu duda cruel, me asesina!

ENRIQUE.

Sublime, muger! Barruntas
lo que has de ser: ya despuntas

en fabulosa heroína.

Se ensancha tu profesor

al ver discípula tal;

fenómeno de valor!

No fué tan angelical

Lucía de Lamermoor.

Génio, energía, grandeza,

derramó pródiga en tí

la sábia naturaleza.

Cuánto daría Cubí

por estudiar tu cabeza!

Cuando esto pienso, disfruto

de dicha por un instante:

No es de mi desvelo el fruto,

que tan precioso diamante

no se haya quedado... en bruto?

Desarrollé, oh ciencia mia!

tus inmensas facultades

sin saber frenología...

Yo he de ser asombro un día

de las futuras edades!

ADELA.

Oh! Yo te escucho, y te admiro!

Deliro por tí; te adoro,

y al escucharte me inspiro,

que eres, Enrique, el tesoro

por el que ciega suspiro.

ENRIQUE.

Bien mio!

ADELA.

Ah! Si supiera

mil muertes hallar diciendo

mil veces, lo que hoy digera

à don Luis, lo repitiera

mil y mil veces, muriendo!

ENRIQUE.

(Con entusiasmo.)

Bien!

ADELA.

Y que vaya á contar

á mi padre mi respuesta.

ENRIQUE.

Eso decir, llegó á osar!

ADELA.

Y que importa?

- ENRIQUE. Realizar pueden union tan funesta.
- ADELA. Nunca! La muerte primero!
- ENRIQUE. *(Afectando una desesperada melancolía.)*
Victimas del clasicismo
vamos à ser. Oh hado fiero!
Adela! y si yo me muero
te hundirán en el abismo.
- ADELA. Morirte tú! Cuánto mal
me estás haciendo, bien mío!
Mas à catástrofe tal,
tengo arsénico, puñal!...
- ENRIQUE. *(Con calor.)*
Yo tengo el canal... y el río!
- ADELA. Ah! Pero el dolor no mata,
pues yo hace que estoy pensando.
- ENRIQUE. *(Como que no la oye.)*
La muerte me será grata
porque moriré cantando:
(Cantando.)
«Oh bell'alma inamorata!»
- ADELA. Ay!... por piedad!
- ENRIQUE. Y tú irás
à mi tumba, y pimpollitos
en ella derramarás,
y luego recitarás
nuestros versos favoritos:
(Recitándolos.)
La tumba, la tumba, la tumba me llama
que està en esa tumba, mi tumba de amor!
La muerte!... la muerte!... la muerte deseo...
bien sea con veneno, pistola... ó cañon!
- ADELA. *(Aterrada.)*
Ah! calla!
- ENRIQUE. Tienes razon.
Perdon! Me dejé llevar
de mi triste inspiracion!...
*(Yo me quisiera largar
y dar à Lola ocasion.)*
- ADELA. Y resignarse es preciso
pues remedio no se halla
pues el cielo así lo quiso,
ceda el corazon sumiso...
- ENRIQUE. *(Aplicando el oido.)*
Es verdad... mas... tente!... calla.
Preciso será que huya.
Vienen!... ay!... por tí me apuro.
- ADELA. Vete!

ENRIQUE. Adios!... de ese hombre duro
no serás?...

ADELA. (Con convencimiento.)
De nadie... ó tuya.

ENRIQUE. (Afectando ternura.)
Me lo juras?...

ADELA. Te lo juro!
(Húyen, cada uno por su puerta respectiva.)

ESCENA IX.

DOLORES, que sale precipitadamente.

Corro á buscar á don Pablo
y lo que pasa á contarle,
que aun es tiempo de evitar
una terrible catástrofe.
Yo estoy muerta! Voy volando!...
(Va à salir.)

ESCENA X.

La misma.—DON LUIS saliendo á su encuentro.

LUIS. Puedes ahorrar el viaje.

DOLORES. (Dando un grito de asombro.)
Ah!

LUIS. Qué es eso? No es lo mismo
que sea yo?

DOLORES. Dios me ampare!
Qué susto me ha dado usted!
Mas sí, sí; voy á contarle
lo que sucede, don Luis,
para que pronto se ataje
la desgracia que amenaza
á doña Adela, á su padre,
á usted... á todos, á todos.
Ay Dios mio!

LUIS. Basta; en valde
te cansas: todo lo sé.

DOLORES. Es posible!

LUIS. No te espante.
Oí cuanto aquí pasó,
y aun creí tomases parte

- en esa maldad...
- DOLORES.** Yo, nunca;
y si un momento los planes
de ese hombre favorecí,
fué porque logró engañarme;
creí que era hombre de bien...
y... perdon!
- LUIS.** Bien: no se hable
ya de ello más: ahora al grano,
à lo urgente, à lo importante,
- DOLORES.** Sí, sí; à castigar al pícaro.
- LUIS.** Ahora no; despues.
- DOLORES.** En valde
serà si antes de una hora...
- LUIS.** Tú harás lo que yo te mande.
- DOLORES.** Pero...
- LUIS.** No hay pero que valga:
sin perder un solo instante,
vas à decir à la niña
cuanto te mandó ese infame.
- DOLORES.** Pero, señor, yo no alcanzo...
La he de engañar?
- LUIS.** Voto à Sanes?
- DOLORES.** Pero don Luis!
- LUIS.** Don demonio!
Quiere usted hacer y dejarme?
Què se entiende? La prevengo
que oiga, obedezca, y se calle.
- DOLORES.** Así lo haré: Virgen santa,
cuál serà aquí el desenlace!

ESCENA XI.

LUIS.

Qué tal, qué tal! va saliendo
todo lo que yo temí?
Sin embargo, que llegase
à este punto no creí.
Malvado! Atrevido osaba
tender este lazo vil
para perder una casa
y à una muchacha infeliz!
Y si no estoy de por medio,
qué hubiera sido de tí,
inocente criatura?

Quitémonos, pues, de aquí,
que el héroe, si no me engaño,
muy pronto debe venir.
(Sale.)

ESCENA XII.

ADELA, *llorando*. — DOLORES.

DOLORES. Ya vé usted que es una infamia

ADELA. De si es cierto estoy dudando.

Oh pena atroz! Oh maldad!

DOLORES. A mi me indignó, y volando

á contárselo he venido

para que usted...

ADELA. Ah! qué daño

les hice para que así

me maltraten?...

DOLORES. Vámonos, ànimo.

ADELA. Sobre tí caerá mi sangre,

padre cruel é inhumano!

DOLORES. Lo que debe usted hacer,

señora, es huir.

ADELA. No: en vano

te esfuerzas en persuadirme:

me moriré!

DOLORES. Bien estamos.

ADELA. Y sabe Enrique esta nueva

desgracia?

DOLORES. Toma! Y tardando

está ya en venir: se puso

amarillo y colorado,

verde, y de dos mil colores.

(Como la estoy engañando!)

Ya viene aquí: señorita,

valor, decision; cuidado,

que no debe usted olvidar

lo que hay contra usted fraguado.

(Ya cumplí las consecuencias,

me encontrarán en mi cuarto.)

ESCENA XIII.

ADELA, afectada y llorosa.—ENRIQUE, fingiendo hallarse profundamente conmovido.

ADELA. (Llorando.)
Dueño adorado!

ENRIQUE. Adela idolatrada!
Ya horrible pena en tu semblante leo;
todo lo sé, y el alma destrozada
viene á decirte que morir me veo.
Si amante anhelas evitar mi muerte,
si mi pasión tu corazón subyuga,
para vencer á la traidora suerte,
un medio queda aun...

ADELA. (Con ansiedad.)
¿Cuál es?

ENRIQUE. La fuga!

ADELA. La fuga!

ENRIQUE. Sí; pues de cristal de roca,
de guijarro y de piedra berroqueña
tiene tu padre el pecho, á mí me toca
ó salvarte ó morir! Tal es mi enseña!
Escúchame, romántica figura;
Yo te enseñé la senda de la gloria,
yo te saqué de la mansión oscura
centro común de la social escoria.
Yo te aparté del vulgo femenino,
prosaica multitud que puebla el suelo;
yo hice cambiar tu mísero destino,
y al fin pudiste remontar tu vuelo!
Digna misión la mía! Digno arte,
que logró engrandecerte... y desasarte!
Bien lo ves: la opresora tiranía
casarte hoy mismo á tu despecho intenta.
Y qué fuera de tí, tórtola mía,
si tranquila aguardases la tormenta?
Entonces ay! deshechas se verían
nuestras más halagüeñas ilusiones...
y si á mi lado ayer te sonreían,
víctima fueras hoy... de tiburónes!

ADELA. Ay! Calla por piedad!

ENRIQUE. Sí, tu hermosura,
tu juventud, tu amor y tus encantos,
cual flor que bambolea
sin compasión el huracán furioso,

y se pone marchita, sucia y fea,
así te marchitarán,
así de lo ideal te despojarán.

(De rodillas.)

Todo dispuesto está: véme á tus plantas
rogándote, que el lúgubre casucho
que oscuridad y duelo nos presenta
abandonemos pronto, y... un falucho,
nos llevará dó exentos de pesares
arrullen nuestro amor ruiseños mares!
Veremos juntos despuntar la aurora,
que verterá sus puros resplandores
sobre tu blanca faz, encantadora,
y exentos de dolores,
iremos à otra tierra bienhechora,
que es mansion pastoril, suelo de amores.
Roque será pastor; Lola pastora;
pastorcitos tú y yo; todos pastores!

ADELA. Oh! qué vida tan bella!

ENRIQUE. Y esta vulgar, no has de dejar por ella?

ADELA. Y has estado tú allí?

ENRIQUE. Que si yo estuve!

Y hubiera estado hasta morirme, creo,
si en mi sér no se hubiera despertado
vivísimo deseo
de tener á mi lado,
un objeto de amor y de recreo,
que en mi imaginacion hube creado.
Partamos pues!

ADELA. Partir!

ENRIQUE. Qué te detiene?

valor acaso el corazon no tiene,
y ante el peligro se amilana y trunfa?

ADELA. Oh, no! Te adoro con delirio ciego,
cuanto quieras haré... mas eso... nunca!

ENRIQUE. Nunca!

ADELA. Jamás! que mi amoroso padre...

ENRIQUE. Tu padre! calla! Acaso no se ha vuelto
y antropófago atroz, cruel, terrible,
queriendo unir un sér de cal y canto
con una niña cándida y sensible
para sembrar el luto y el espanto?
Ay Adela! Si acaso irreflexiva
cedido hubieras á tan vil deseo.
Qué triste porvenir que te aguardaba,
con ese hombre vulgar, prosáico... y feo.
Pero la suerte à mí te reservaba;
y en tanto que yo viva,

conmigo cantarás la *Casta Diva*.
Marchemos!

ADELA. Nunca! Un rapto! Qué osadía!
A crimen tan atroz ceder no puedo;
de tal no soy capaz...

ENRIQUE. Adela mía!
Ignoras que con este rasgo diestro
te pones al nivel de tu maestro?

ADELA. No, Enrique, no me iré: si infamemente
quieren sacrificarme, yo tranquila
sucumbiré al dolor que me aniquila;
pero fugarme, de vergüenza escasa,
de un padre atroz, la maldicion llevando,
ah! nunca. Enrique! aunque el amor me abraza,
lejos de tí me moriré llorando
antes que huir de la paterna casa.

ENRIQUE. (Malo, malo; toquemos otra cuerda.)
—Bien!... pues tú lo deseas... ya no esperes
oh Adela fementida!

foco de ingratitud!... (Bonita frase!)
no esperes, no, que mi valor fracase.
Mis dos ojos, trocados en dos rios,
van à ausentarse... y pues así lo quieres,
oh tú, la mas cruel de las mugeres,
escucha, tiembla, y dénte... calofrios!
Enrique ya de tu rigor se aleja;
y pues hambrienta estàs de carne humana,
no exhala ni un murmullo ni una queja.
Cuando escuches sonar por la mañana
el plañidero son de la campana,
eso te advertirá que el mundo deja.

ADELA. Ah no, no, no! detente!

ENRIQUE. Habrá cesado

Enrique de existir, y será solo
un cadáver ediondo! .. mutilado!
Porque el arma ha de ser tan ofensiva,
que al cuerpo ha de dejar hecho una criba!
(*Hace que se vá.*)

ADELA. Por compasion, Enrique!

ENRIQUE. Adios!

ADELA. Espera!

ENRIQUE. Adios!... Lucrecia Borjia!

ADELA. Vas à hacer que me muera!

ENRIQUE. Me asesinas, màs ay! no te maldigo...

Adios por siempre!

(*Se dirige à la puerta.*)

ADELA. (*Haciendo un esfuerzo desesperado.*) Partiré con-
tigo!

- ENRIQUE. Qué has pronunciado!
(*Volviendo presuroso.*)
- ADELA. Mi sentencia.
- ENRIQUE. Amiga!
Muger angelical! Dios te bendiga!
(*Triunfé.*) Vámonos pronto.
- ADELA. Si, partamos.
Pues ya al tuyo está unido mi destino,
ya que por tí arrosré todo en el mundo,
mi desesperacion abra el camino!
- ENRIQUE. Marchemos pues!
- ADELA. Adios, oh padre mio!
Cuál será tu dolor en lo futuro!
- ENRIQUE. No lo creas, mi bien! (Nos detenemos
demasiado!)
- ADELA. Pongámonos de hinojos,
y antes que esta mansion abandonemos
nuestra última cancion entonaremos
de llanto henchidos los dolientes ojos.
(*Se arrodivan y cantan á duo.*)
- ELLA. Pues que los dos nos amamos.
- EL. Ay! con entusiasmo ardiente.
- EL. } Juntos los dos nos largamos
- ELLA. } tras otro mundo nos vamos.
- LOS DOS. Pátria!... Adios!...

ESCENA XIV.

Dichos.—DON LUIS, que se presenta en el dintel de la puerta.

- LUIS. Perfectamente!
- ADELA. } Ah!
- ENRIQUE. }
(*Adela huye precipitadamente á su cuarto, Enrique que queda en el primer momento estupefacto.*)
- ADELA. (Al salir.) Maldicion!

ESCENA XV.

D. LUIS.—ENRIQUE.

(*Momento de silencio; don Luis clavará la vista en el rostro de Enrique, que baja los ojos con aire hipócrita.*)

LUIS. Caballero!

- ENRIQUE. (Nos lucimos! Buena gresca se va á armar! Tendré descaro.)
Bien! y qué?
- LUIS. (Amenazándole.) Voto!... Agradezca que me he propuesto tener en esta ocasion prudencia.
- ENRIQUE. (Con descaro.)
Es lo mejor!
- LUIS. Miserable!
Y aun alza usted la cabeza!
Y aun habla usted sin que el peso me le abrume de su conciencia!
Sin que se le caiga el rostro de rubor y de vergüenza.
- ENRIQUE. (Audacia, y así me salvo.)
Qué situacion! Si supiera!
—Rubor! vergüenza! Y por qué?
- LUIS. Malvado!
- ENRIQUE. Tenga la lengua,
que yo soy caballerisimo y no sufro tanta ofensa.
Cegado por la pasion más sublime y gigantesca que conocieron los siglos desde la de Adan y Eva, iba á cometer un rapto; y un rapto, segun mi escuela, es glorioso, cuando se hace por salvar á la inocencia!
Abur!
- LUIS. Le rompo la crisma, infame, como se mueva.
- ENRIQUE. Mucho que me moveré.
Dispone usted de las cuerdas de mis músculos? Qué modos!
Qué educacion tan grosera!
- LUIS. Y me contengo!
- ENRIQUE. Además, tengo yo que darle cuenta de mis acciones? Usted, es algo acaso, de Adela, más que un amante humillado?
- LUIS. Basta, hombre vill!
- ENRIQUE. Yo por fuerza no me la llevaba: quiso ser mia, sublime! enérgica!
- LUIS. Por medio de un torpe engaño digno de usted; que no era

- amor lo que le guiaba,
ni ternura: sus ideas
eran robar el dinero
adquirido con nobleza
por un padre... harto insensato,
porque sorprender se deja
por canalla como usted!
- ENRIQUE. (Me perdí!) Señor, clemencia!
(*Se arrodilla.*)
(Esa pícara fregona
me ha vendido.) Yo quisiera
que usted comprendiese, en fin,
franquéeme usted la puerta
y... abduco... es decir... renuncio...
- LUIS. Alce usted! Si yo quisiera
pudiera hacer, cuando menos,
que le mandasen a Ceuta,
para que allí propagase
su romántico sistema.
- ENRIQUE. Y usted sería capaz?...
LUIS. Capaz, sí, y eso debiera
hacer; pero no, no quiero.
- ENRIQUE. Oh sublimidad!
LUIS. No crea
que lo hago, no, por usted,
sino por la pobre Adela,
su víctima. Evitaré
que lo ocurrido se sepa
y ella tan cándida y pura
se curará.
- ENRIQUE. Tal nobleza
es digna de...
- LUIS. Usté comprende
tal palabra?... Salga fuera
si no quiere....
- ENRIQUE. (Ya salvé,
y no es poco, la pelleja.)
Hombre admirable! Quedad...

ESCENA XVI.

Dichos.—DON PABLO, que entra lleno de agitación sin reparar en Enrique.)

- PABLO. Luis!
LUIS. (Cielos!)

- ENRIQUE. (Maldito seas!)
- PABLO. Infamia! Maldicion! Traicion!
- ENRIQUE. (Ay pescuezo!)
- LUIS. (Dios me ayude!)
- PABLO. Comprados! No hay quien lo dude!
Perdimos la votacion!
Mas en mi furor no ví
á ese jóven... (A Enrique.) Perdon...?
- LUIS. Pablo,
- si vienes hecho un venablo,
qué has de ver?...
- PABLO. (Bajo á don Luis.) Y quien es, di?
- LUIS. (Alto.)
Ah ya! Me preguntas tú
quien es este caballero?
(Con sorna.)
Un comerciante extranjero.
- ENRIQUE. (Este hombre vale un Perú.)
- PABLO. Y á qué viene?
- LUIS. Por dinero.
- PABLO. Alguna letra, quizás?...
- LUIS. Sí, una letra, justamente.
Pues aquí ya está demás.
Pues en moneda corriente...
(Indicando á Enrique que se marche.)

ESCENA XVII.

Los mismos.—ADELA.—despues DOLORES.

- ADELA. (Arrojándose á los pies de don Luis!)
Padrino! No puedo más!
- LUIS. (Cortado.) Ah!
(Todos se miran unos á otros: momento de confu-
sion.)
- ADELA. Perdon!
- PABLO. Que es esto?
- LUIS. Ignoro...
- ADELA. Todolo escuché, don Luis!
- LUIS. Pero...
- ENRIQUE. (Adios!)
- ADELA. Clemencia imploro!
- ENRIQUE. (Mi pescuezo está en un tris.)
- ADELA. Mi falta purgue mi lloro!
- PABLO. Habla, Adela!
- ADELA. Que los dos?

me perdonen necesito!
Soy tan culpable!

PABLO. Oh! me irrito!
ENRIQUE. *(Al escaparse aprovechando la confusion de los demás.)*

ADELA. Ah!
PABLO. Calla!...

DOLORES. Adios, pastorcito!

ESCENA ÚLTIMA.

Todos, excepto ENRIQUE.

LUIS. Ya se fué! Niña inocente!
ven à mis brazos: yo encono
nunca tuve, y si demente
te obcecaste, felizmente
te has curado, y te perdono.

ADELA. Cuànta generosidad!
(A don Pablo.)
Papà, él es mi salvador:
hoy de la más ruin maldad...

PABLO. Cómo me haceis el favor
de explicarme...

ADELA. Su bondad?..
PABLO. Qué bondad? Qué hay aquí hoy?
Se deshizo el matrimonio?

LUIS. Ah!

ADELA. Calla! Segura estoy
que digna de usted no soy...

PABLO. Me está llevando el demonio!

LUIS. Qué has dicho, Adela? Mi esposa
serias con gusto, ó sueño?

ADELA. Oh! nadie más orgullosa,
más ufana, más dichosa,
si poseyese tal dueño!

LUIS. Mis brazos!...

ADELA. *(Abrazándola.)*
Sí.

PABLO. *(Frotándose las manos.)*
Comprendiendo

LUIS. voy el asunto... No; nada

comprendes.

PABLO. Sí; voy cayendo

- en que es...
- LUIS. El qué?
- PABLO. Una bobada.
Siempre las estais haciendo!
- LUIS. Sí: y te la voy á contar
dentro de pocos instantes:
pero no quiero empezar
hasta preguntarte antes...
- PABLO. *(Con curiosidad.)*
Qué me quieres preguntar?
- LUIS. Dime, Pablito querido;
tù sabes ser padre?
- PABLO. *(Admirado.)* Sí.
- LUIS. Sí? Pues hoy, yo, convencido
que serlo nunca has sabido:
lo tuve que ser por tí.
- PABLO. *(Con extrañeza.)*
No entiendo...
- LUIS. *(Poniendo una mano en el hombro de don Pablo, y señalando con la otra al corazon de Adela.)*
Aunque el corazon
esté de inocencia lleno,
hay que darle direccion...
Pues sin esta precaucion
«No siempre lo bueno es bueno.»

FIN DE LA COMEDIA.

GOBIERNO POLITICO DE LA PROVINCIA DE MADRID.

Madrid 15 de Marzo de 1853.

Examinada por el Censor de turno, y de conformidad con su dictámen puede representarse.—Melchor Ordoñez.

